

S.O.S. por Lanzarote (1978)

Lanzarote, hace solamente diez años, era nada. Se la consideraba Cenicienta de Canarias. Para muchos constituía casi una vergüenza el haber nacido en esta isla. Lanzarote apenas existía en el mapa.

A partir de una fecha clave e histórica, Lanzarote agrupó, bajo la batuta de un excepcional presidente de Cabildo, a un conjunto selecto de personas que bajo mi entusiasmo comenzamos a trabajar por la Isla, convirtiéndose esta labor, ya todos mentalizados, en un ejercicio continuado e increíble por Lanzarote; esfuerzo entusiasta y amoroso, con el absoluto convencimiento y fe en unos resultados satisfactorios, resultados que hicieron ver a los lanzaroteños la original personalidad de su propio paisaje.

Se trazó un plan de trabajo, se programó y se estudió detenidamente a fin de obtener el mayor partido de los rincones claves de toda la isla, utilizando sus propios materiales para integrarlos, también, en su propia Naturaleza. Para ello, el primer eslogan que pusimos en marcha fue: “no tenemos que copiar a nadie”; “tenemos que sacar a relucir la personalidad intrínseca de la Isla para que nos vengan a copiar a nosotros”. Ese fue nuestro principal cometido y, una vez realizado el tiempo nos ha dado la razón.

Comenzamos todo desde cero, pero con afán de superación y con un riguroso sentido de la administración y de la honestidad; también, con el conocimiento selectivo y equilibrado de las personas más competentes y responsables para cada labor. Todo ello se pudo llevar a cabo merced a las cualidades primordiales que recaían en don José Ramírez Cerdá, presidente del Cabildo Insular de Lanzarote, junto con su vicepresidente, don Antonio Álvarez, luchando, con el equipo formado, a brazo partido por salvar a Lanzarote de su anonimato secular.

Durante esos años se realizaron obras ejemplares por su sentido, su limpieza, su orden, y se dio un ejemplo de alto nivel cívico al crear escuela para una educación estética de todos los lanzaroteños.

[...]

Todo esto es necesario aclararlo de antemano, para entrar de lleno en el meollo de la cuestión, y comenzar a exponer el gigantesco y gravísimo problema en el que actualmente se encuentra inmersa toda la Isla. Y todo ello merced a la estupidez incalificable y a la falta absoluta de responsabilidad de unos pocos que frívolamente no se interesan sino por su triunfo personal, sin mirar el gravísimo deterioro que a los intereses de la Isla están acarreado y pueden acarrear sus posturas personales. El prestigio de Lanzarote ha costado muchos sacrificios, sacrificios que no pueden desaparecer en pocos días. Sólo bastarían algunos artículos en la prensa internacional escritos por los periodistas que asiduamente nos visitan para que todo el auge de Lanzarote se vaya al traste.

[...]

No quiero, en este resumen sobre la actual gravedad de mi Isla, ofrecer soluciones ni dar explicaciones sobre este absurdo y disparatado asesinato a toda una Isla por grupos de mentalidad pueblerina, grupos que sólo pretenden el poder y el mando, o que se dejan arrastrar por simples antipatías o simpatías, y que no quieren percatarse de que lo único importante es la supervivencia de Lanzarote; y que, precisamente, se están jugando, en este momento, todo cuanto se ha hecho por levantar la Isla durante diez años, con un prestigio en el extranjero que jamás pudimos soñar. Sólo quiero ser objetivo, y denunciar con toda mi alma un caso absurdo y propio de locos.

Tratándose de un posible deterioro de la Isla, proceda de donde proceda, no me caso ni con mi madre. No quiero que pueda pensarse que siento predilecciones por alguien, o por alguna tendencia “politicorra”.

Quiero, simplemente, el trabajo y el desarrollo de mi Isla, y creo que ya he demostrado con hechos, no con palabras ni con promesas, lo que soy capaz de hacer por Lanzarote. Me gustaría realizar un riguroso análisis de personajes que, sin haber trazado una raya, ni plantado un árbol, de repente se autoconvierten en la imagen de altos moralistas y de grandes amantes del pueblo, cuando, en realidad, en toda su vida han dado NADA. Me molesta la demagogia y, por eso, me gustaría gritarle a cada uno de los lanzaroteños: ¡¡NO TOLEREN EL MENOR DAÑO A LA ISLA!! [...]

Si no se dan órdenes determinantes para solucionar este problema, creo que la responsabilidad que se contraiga será trascendente y gravísima: está en juego, nada menos, toda la economía y todo el prestigio de una Isla, con sus repercusiones, desde luego, en toda Canarias.